



Desmenuzando unos textos empapados de vida

El pasado domingo, con la fiesta del Bautismo de Jesús, concluíamos el tiempo de Navidad y se iniciaba un nuevo año litúrgico: sendero que se abre ante nosotros a fin de que lo recorramos con corazón de peregrinos.

Tras unas huellas

No vamos a nuestro aire, sino tras las huellas de quien hemos acogido en nuestro interior, por medio de la fe y del bautismo, como Maestro de vida. Él es compañero de camino, como sucedió con los de Emaús, que desea mostrarnos los “*secretos del reino*” por medio de su decir y hacer; de este modo iremos adquiriendo un “*conocimiento interno*”, cada vez hondo, del misterio de su vida como escribirá san Ignacio de Loyola [E.E. 1]. Esta experiencia “*sacramental*” de Jesús, hará crecer en nosotros un amor cada vez más tierno y un seguimiento más generoso.

Todo este itinerario que hemos iniciado, ha de estar empapado de una intimidad deseada y una búsqueda entusiasmada, que evitará que la vida cristiana quede reducida a una mera práctica religiosa.

Para que esta peregrinación no pierda el carácter sapiencial que lleva consigo, no hemos de olvidar que el encuentro con el Señor siempre es mediado; es decir: a medias, parcial y, por tanto, siempre llamado a una hondura mayor que nos llevará a “*horizontes*” nuevos.

Con ardor renovado

Esta certeza se transforma en “*fuerza*” ardiente que nos mueve a seguir caminando: un camino que se hace búsqueda y una búsqueda que se hace camino. Es el ardor del Espíritu que es suave tregua en la fatiga,

como está llamado a ser la quietud de la noche, en la que nuestro ardor se renueva y fortalece. Así se pide en el himno *Te lucis ante terminum* que abre la oración de completas, la plegaria de la noche, de este modo el seguimiento, con el nuevo amanecer, será más generoso y apasionado.

El Cordero de Dios



En este domingo segundo del tiempo ordinario se hace memoria de aquellos primeros discípulos que siguieron a Jesús cuando el Bautista les dijo: “*Este es el Cordero de Dios*”.

Esta primera escena que nos narra el evangelio de san Juan, la revivimos en la eucaristía en el momento en que se nos muestra el Pan eucarístico y, con las mismas palabras, se nos dice quien es Jesús: **Cordero de Dios** y la vocación recibida: **quitar el pecado del mundo**. Grandioso quehacer que el Hijo amado recibió en el regazo eterno de Dios Padre, donde el Silencio se hace Palabra y la Palabra Silencio. Bien se podría decir que es anticipo sabroso de la vocación profética, que recibió aquel adolescente, tal como acabamos de escuchar en la lectura primera.

Acostado en el santuario de Siló, cerca del Arca Santa y cuando la lámpara del Señor todavía no se había apagado, oyó una voz que le llamaba por su nombre y su nombre era (לְאִמְּךָ-šəmú’ēl) que, en hebreo, significa **Dios ha escuchado**. Es la preciosa respuesta a lo que Ana había pedido en su corazón (1 Sm 1, 1-11) postrándose ante el Señor (Sl 95/94,6). Con este gesto humilde presentaba, al que todo lo puede, el dolor que sentía al no poder ser madre feliz de hijos puesto que era estéril (Sl 113/112,9).



La oración fue escuchada y un niño nació en Ramá, del matrimonio formado por Elkana y Ana, siendo acogido como don que se recibe y que con generosidad se entrega. De ahí que, al poco de nacer, sus padres lo llevaron a Siló, la casa de Dios, y lo entregaron a Elí dejándolo allí para siempre. El tabernáculo del Todopoderoso se convirtió en su hogar y en él fue creciendo, en presencia del Altísimo, orando y sirviendo.

Una voz que llama /una voz que se escucha

En este lugar santo aprendió a escuchar y a discernir la voz de quien le hablaba y que él escuchaba. Según la tradición bíblica “*creer*” es lo mismo que “*escuchar*” y viceversa. Nadie lo entendió mejor que el apóstol san Pablo cuando se pregunta “*¿cómo creerán en aquel a quien no han escuchado?... Por tanto, la fe viene de la escucha*” (Rom 10:14-17).

El término proviene del latín *auscultare* (aplicar el oído) que está formado por **auris** (oído) y **klei** término indoeuropeo que significa inclinarse. De la escucha viene la obediencia de la fe pero, con demasiada frecuencia, confundimos “*obediencia*” con “*sumisión*”. La obediencia no es un acto de subordinación o sujeción. La obediencia consiste en escuchar a quien se dirige a mí y en responderle libremente. La indicación que hace Tomás de Kempis en su “*Imitación de Cristo*” es todo un reto. El dice: “*Es preciso, que... procures con diligencia mantenerte libre en tu intimidad y ser dueño de ti mismo...Para que así seas responsable y rector de tus actos...*”.

Esta es la clave para un auténtico seguimiento.



Orando en la escuela de los salmos

Sal 39, 2 y 4ab. 7. 8-9. 10



2. Yo esperaba con ansia al Señor; él se inclinó y escuchó mi grito;

4 me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios.

7 Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, y, en cambio, me abriste el oído; no pides sacrificio expiatorio.

8 Entonces yo digo:

«Aquí estoy -como está escrito en mi libro- para hacer tu voluntad.»

Dios mío, lo quiero, y llevo tu ley en las entrañas.

10 He proclamado tu salvación ante la gran asamblea;

no he cerrado los labios; Señor, tú lo sabes.

El Salmo 39 (40) se divide en dos partes. La primera es una acción de gracias y la segunda una súplica. En este día y como respuesta a la lectura primera y en íntima relación con lo que en esta se nos narra, se utiliza la parte de gratitud. Todo él es una verdadera joya pues resume admirablemente bien, en clave orante, el descubrimiento bíblico sobre el sentido que tiene el sacrificio.

Los profetas jugaron un papel importante en este lento aprendizaje del pueblo elegido. Le hicieron descubrir, poco a poco, la verdadera ofrenda que

Dios espera. Quizás sea una sentencia del profeta Oseas 6, 6 la que mejor resume esta pedagogía: *“misericordia quiero y no sacrificios”*.

El verdadero sacrificio (*sacrum facere* significa hacer algo sagrado, entrar en contacto o mejor en comunión) ya no consiste en matar sino en dar vida. Dios es el Dios de los vivos.

En la Alianza del Sinaí, los sacrificios de animales simbolizaban la voluntad del pueblo de pertenecer a Dios. En la Nueva Alianza la pertenencia se expresa en adherirse de corazón a su voluntad guardándola de todo corazón (sl 119/118), al estilo de Samuel, anticipo profético del misterio de Jesús que afirmó: *“mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre”*. Este es el camino que nos muestra el Señor al enseñarnos la oración del Padre-nuestro. En ella encontramos la petición de *“hágase tu voluntad”*, que resume toda la vida del Maestro y el sendero a seguir por los que van tras sus huellas.

Para los Padres del desierto, la voluntad de Dios para con el hombre es fruto del interés que tiene por él, como fruto de su amor por la criatura hecha a su imagen y semejanza. Su voluntad para con nosotros es el bien supremo, y se resume a la realización nupcial de nuestra existencia por medio una mutua entrega. Los medievales lo llamaban: *desirium naturale videndi Deum* (deseo natural de ver a Dios). El deseo de ver a Dios para Guillermo, abad del monasterio benedictino de Saint-Thierry y después monje cisterciense de Signy, es, ante todo, el anhelo de un conocimiento mayor y más íntimo del misterio divino. Es un misterio que fascina, que enamora y hace posible el seguimiento.

**Aquí estoy, Señor,
para hacer tu voluntad.**

En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

II domingo “per annum” “B”

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquellos días, Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. Entonces el Señor llamó a Samuel...: «Samuel, Samuel». Respondió Samuel: «Habla, que tu siervo escucha». Samuel creció. El Señor estaba con él, y no dejó que se frustrara ninguna de sus palabras.

1 Sam 3, 3b-10.19



Al día siguiente, estaba Juan con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: «Este es el Cordero de Dios». Los dos discípulos siguieron a Jesús. Jesús se volvió y al ver que lo seguían preguntó ¿Qué buscáis? Ellos le contestaron “Rabi, ¿dónde vives”. Él les dijo: “Venid y lo veréis”.

Jn 1, 35-42